

Bojayá, memoria y río: una contribución a la comprensión de la atención psicosocial
Martha Nubia Bello, Constanza Millán Echeverría, Belky Pulido Hernández, Elena Martín Cardinal y Raquel Rojas Isaza (2005). *Bojayá, memoria y río. Violencia política, daño y reparación*. Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, 202 pp.

[339]

Bojayá, memoria y río es el resultado de una investigación desarrollada con los sobrevivientes de la masacre ocurrida en Bojayá, Chocó el día 2 de mayo del año 2002. Se trata en un libro pionero dentro de los campos de la atención psicosocial a las víctimas del conflicto armado y de la reconstrucción de memoria de la violencia. La publicación, que hoy cumple 20 años, fue liderada por cinco mujeres investigadoras: Martha Nubia Bello, Constanza Millán Echeverría, Belky Pulido Hernández, Elena Martín Cardinal y Raquel Rojas Isaza, quienes le imprimieron una perspectiva que transita de la comprensión de los fenómenos económicos y políticos regionales del medio Atrato hasta la intimidación de las personas víctimas de la masacre, abordando en el camino las configuraciones sociales y vínculos subjetivos e intersubjetivos trastocados por la violencia política, todo ello considerando como telón de fondo la particularidad étnica de la población chocoana.

La investigación prolonga una relación de intervención que, como muchas, estaba limitada según las coordenadas trazadas por las instituciones, lo que generalmente entorpece la posibilidad de adentrarse en las dinámicas de las comunidades e impide la reflexión sobre la acción de intervención y la construcción de conocimiento. Rompiendo esta tendencia, *Bojayá, memoria y río* recoge las preguntas sobre los impactos

de la masacre en un momento álgido de interlocución entre las víctimas y la institucionalidad que las atendía, lo que la hacía una investigación profundamente pertinente.

Este trabajo ejercita muy tempranamente una epistemología de frontera sobre la que se ha venido conceptualizando durante las últimas décadas en las ciencias sociales y en la que se ha propuesto cuestionar la idea de objetos de conocimiento para posicionar la de sujetos y, más allá, la de *sujetos cognoscentes*¹. Esta forma particular de construir conocimiento propuesta por las investigadoras y orientada hacia las personas y comunidades tiene por horizonte ético que quienes sean vulnerados retomen el control de su propia vida y tomen decisiones (especialmente colectivas) apoyados en la investigación y reflexión.

Metodológicamente podría decirse que se trata de un proceso de investigación-acción o, tal vez, para ser más precisos, de acción-investigación, pues los propósitos del proyecto no fueron solo investigativos, sino también de intervención, de gestión y de formación.

La investigación indaga por los impactos generados en el tejido social, familias y comunidades afectadas por los hechos violentos desencadenados por el conflicto armado. Este propósito (de conocimiento) está acompañado de los objetivos de: fortalecer los recursos para afrontar la situación de violencia; afianzar el tejido de apoyo que incentive la capacidad colectiva para emprender acciones que permitan reconstruir los proyectos de vida; brindar herramientas psicosociales a los agentes que intervienen; y generar procesos de gestión institucional con entidades que tienen proceso en la zona. Al observar sus propósitos, se puede ratificar que es una investigación que genera conocimiento para desplegar estrategias de acompañamiento y construye conocimiento durante el desarrollo de estas mismas estrategias. Por tanto, no fue solo una contribución para los bojayaseños, sino también para profesionales que

1 Irene Vasilachis desarrolló la propuesta de la epistemología del sujeto cognoscente. La autora explica que se ha avanzado en romper la distancia entre el investigador y el investigado tanto en términos éticos como en términos metodológicos, y propuso que haya una nueva relación entre investigador investigado que considere que ambos son sujetos cognoscentes. Esto, por supuesto, tiene implicaciones en el curso mismo de las investigaciones, pues se trata de su integración en todas las etapas de la investigación, especialmente considerando el conocimiento nuevo generado por los participantes. Ver Vasilachis (2006).

realizaban el acompañamiento a víctimas, quienes fueron beneficiarios de la pedagogía desplegada en el proceso investigativo.

En el primer capítulo, titulado “El proceso de investigación y acompañamiento: enfoque y metodología” se explica que la metodología implementada parte de una conceptualización de lo psicosocial que había venido siendo decantada por el equipo investigador, mayoritariamente compuesto por colegas trabajadoras sociales. Para las investigadoras, la atención psicosocial en condiciones de conflicto armado tiene que ver con:

[341]

... entender cómo los hechos de violencia afectan a las personas, teniendo en cuenta que los individuos son seres sociales, es decir que viven en relación permanente con otros (familia, comunidad, entorno) en diversos espacios, políticos, económicos y culturales. En este sentido, lo que suceda en sus emociones, en la manera como se perciben a sí mismos en su bienestar será siempre el resultado de las relaciones que establecen con los otros en diversos espacios, y de la manera como les otorgan un significado particular a las situaciones en las que participan. (Bello, 2001, en *Bojayá, memoria y río*, p. 27)

En una retrospectiva sobre el campo de la atención psicosocial a víctimas del conflicto armado se ha señalado que esta transitó de los márgenes, como una solicitud de algunas organizaciones e intelectuales, a convertirse en una obligación legal (Moreno, 2020). La explosión conceptual de lo psicosocial es más notoria a partir del año 2007 y, según los estudios de Manuel Moreno, se caracteriza por seguir tendencias que se dirigen hacia la individualidad o hacia la colectividad o que asumen o rechazan la categoría víctima en su trabajo terapéutico (Moreno, 2015). Sin embargo, cuando se menciona el momento inaugural, generalmente no se explican las contribuciones particulares de las profesionales e investigadoras –pues mayoritariamente fueron mujeres– que impulsaron este campo de conocimiento.

En este marco, postulo que *Bojayá, memoria y río* hace parte de un grupo precursor de trabajos sobre lo psicosocial y que los conceptos orientadores y las metodologías propuestas fueron nutridas por la profesión del trabajo social, razón por la cual es pertinente recapitular la investigación, su historia y sus hallazgos.

[342]

La investigación propone una comprensión pionera de lo psicosocial y un planteamiento específico sobre lo psico y lo social que compone el concepto. La definición de lo psicoterapéutico y lo socioterapéutico se funda en que las personas están socialmente constituidas, con lo que se rompe la dicotomía entre el individuo y lo social en la comprensión de los daños de la violencia y en el abordaje terapéutico. Según explican las autoras, lo psicoterapéutico tomó forma en:

... espacios que permitieran la elaboración de los hechos a través del encuentro, la verbalización y la escucha de lo sucedido. Propició dinámicas para que las personas a través del diálogo reconstruyeran su biografía. La escucha facilitó la comprensión de maneras particulares de sentir y vivir el dolor; permitió también identificar lo que cada uno señalan como pérdidas y el significado que tienen para sus vidas. (p. 28)

El objetivo psicoterapéutico engendraba un objetivo de conocimiento útil para las comunidades y profundamente vinculado al fin terapéutico, sin que se tratara de un proceso individualizado, aunque sí podía conllevar atención personalizada.

El componente socioterapéutico, por su parte, buscó “avivar mecanismos que permitieran crear vías de contacto entre cada uno de los miembros de la red social afectada, reeditando así su contexto de operación al sostener un accionar facilitador de conexiones que estimulen paralelamente grados de independencia y autonomía” (pp. 29-30). Con ello las investigadoras van más allá de identificar recursos colectivos e institucionales para tratar de ejercitar los lazos sociales de las bojaya-seños durante el proceso mismo de atención.

En consecuencia, para elaborar el significado de la masacre y para avivar la red social de los afectados, la investigación se adentra en el conflicto armado, en la economía regional, en la cultura, en la vida cotidiana de las comunidades en donde se construye identidad (el “nos”) y en la subjetividad de cada una de las víctimas participantes. Estos distintos movimientos, que van de lo particular a lo general y de lo general a lo particular, podríamos decir que son muy propios de los análisis profesionales de trabajo social.

El proceso de investigación desplegó una creatividad metodológica que insistía en el protagonismo y diversidad de las comunidades. Se realizaron grupos de apoyo, talleres, conversatorios, jornadas lúdicas, reuniones de coordinación institucional, videoforos, muestras fotográficas, observación participante, registro en diarios, entre muchas otras metodologías.

[343]

En el segundo capítulo en donde se relata el contexto de los acontecimientos, las investigadoras inscriben la masacre en la dinámica del conflicto en el medio Atrato. Es importante resaltar que no solo se enmarcan los acontecimientos de la masacre, sino también las restricciones que ya estaban sufriendo los pobladores y su significado en términos del control que podían tener “de sus propias vidas y de su territorio”. No es menor que se distinga el papel del Estado no solo en el curso de los acontecimientos de la masacre, sino antes y después de ella, develando cómo las maneras particulares de concebir en la práctica la ciudadanía y la atención a las víctimas del conflicto armado tiene potencial para la apoyar o restringir la reparación.

En el tercer capítulo se aborda el sentido y significado de la masacre, que es precisamente el tema central del libro. Las autoras realizan distintas aproximaciones tanto a la manera como se había significado colectivamente la masacre como al sentido que estaban construyendo (incorporando) algunos grupos poblacionales específicos y las personas. La investigación muestra cómo la violencia armada en general y la masacre en particular desarticulaban los referentes culturales y rompieron relaciones comunitarias de distintos órdenes. En suma, la masacre, el desplazamiento, el retorno y, posteriormente, la vida cotidiana en un contexto de continuación del conflicto armado lleva a que se signifique todo lo sucedido como una “parálisis”. Las pérdidas humanas eran incalculables, la autonomía territorial antes del conflicto armado y la vida comunitaria antes de la masacre están ya lejos de las posibilidades y no está en manos de los bojayaseños reconstruirla.

Pero el sentido de parálisis, cuando se ha vivido violencia extrema, se vuelve más complejo cuando al mismo tiempo es esta violencia sucedida la que le da un lugar a la comunidad y a la región frente al país. Las investigadoras identifican que la masacre “visibilizó” o “dio un lu-

gar” en la sociedad colombiana a Bojayá y a sus habitantes. Antes de la masacre eran desconocidos (por el país y la institucionalidad) o sospechosos (en la lógica de los actores armados estatales).

[344]

Al respecto, en el libro se señala que “el escenario erige así a un no sujeto que deviene del azar y de la incertidumbre de la guerra. La historia se detiene en esa temporalidad y perpetúa la ausencia, la muerte y la desprotección como elemento privilegiado de la identidad” (p. 84). Dentro de esta tensión, el significado que dan las personas y comunidades a la masacre frecuentemente se altera o reacciona con las demandas institucionales propuestas a través de entrevistas, agendas, pliegos de petición y protocolos de atención, no siempre para bien.

Continuando con las afectaciones, con mucha claridad el libro propone que la masacre no solo afectó a las personas, sino también al territorio. Hoy día el río Atrato se ha posicionado como sujeto de derechos, pero en el momento que se publicó el libro esta idea fue profunda e innovadora. La comprensión de la afectación al territorio propuesta no se refiere solo al cambio en la forma como se usa el territorio, derivado de la presencia de los actores armados, sino al territorio como una entidad viva que interactúa con los seres humanos a través de mecanismos de comunicación claramente establecidos, como los rituales. El título del libro: *Bojayá, memoria y río*, pone en el centro este entrañable vínculo, roto por el conflicto armado: las comunidades y el río.

La investigación también aclara que los daños tienen expresiones diferenciadas. La valoración de la conformación familiar bojayaseña y de los roles de ancianos, hombres, mujeres, jóvenes y niños realizada por las investigadoras permite dimensionar mejor las afectaciones de estos grupos particulares. Por ejemplo, se determina que la afectación de los hombres se vincula con su capacidad de seguir siendo productivos en el territorio ahora dominado por los armados y la de las familias está relacionada con la ruptura de las pautas de cuidado comunitario de los niños, entre otros hallazgos.

Este tercer capítulo, además, trata de capturar el movimiento de las nuevas recomposiciones familiares, las tensiones entre grupos y personas por divergencias frente al accionar institucional que se evidencia en asuntos como aceptar o no el retorno, las indemnizaciones o las na-

rrativas formales del conflicto. De esta manera, el tema de la afectación no queda cerrado, al contrario, la posibilidad de la reparación misma plantea nuevos desafíos que podrían acentuar la afectación o iniciar la reparación, sino se trabaja reflexivamente sobre ella.

Finalmente, tratando de considerar el sentido de la masacre propuesto por los bojayaseños y las rupturas en las relaciones que soportaban una “forma de ser y estar”, el capítulo deja abiertas las preguntas sobre la continuidad de la cultura afro, pues, al hacer un balance de las afectaciones, se ve que están mermadas muchas condiciones que la hacían posible. Por tanto, el conflicto y la masacre contribuyen al etnocidio del pueblo afrocolombiano.

El cuarto y último capítulo del libro recoge los hallazgos sobre los mecanismos de afrontamiento que han ejercitado las personas. Al respecto de este tema, quisiera señalar dos aportaciones importantes de las autoras a la comprensión de lo psicosocial. La primera es que considera las expresiones culturales y espirituales como recursos que superan los mecanismos establecidos institucionalmente. La segunda, que explica claramente que el afrontamiento tiene que ver con las víctimas, pero que su éxito no puede estar centrado en ellas. Por ello proponen las investigadoras que el afrontamiento requiere que los recursos de las víctimas tengan eco en el contexto. La reparación solo es posible si otros actores aportan en la validación del significado propuesto por las víctimas y contribuyen a religar aquello que es más significativo.

En general, el texto muestra las fuerzas en confrontación en torno al afrontamiento-reparación y a la reconstrucción de memoria en el caso de la masacre de Bojayá. En palabras de las autoras,

La masacre, entonces, los convierte en ciudadanos o en seres victimizados (o en ambos), los construye como sujetos de derecho y/o personas desamparadas y sin futuro, los cohesiona y los fragmenta, los fortalece y debilita sus identidades. Lo que resulta no puede preverse, en tanto es un ejercicio lingüístico en el que participan diversos y heterogéneos actores interesados en decir unas cosas y en silenciar otras. El tipo de versión que se haga del suceso es un asunto en disputa, pues tanto legitima como deslegitima. (p. 170)

[345]

[346]

Tras veinte años, es más claro que *Bojayá, memoria y río* propuso una manera de comprender lo psicosocial y sus elementos constitutivos, que muestra cómo lo subjetivo e intersubjetivo se atan con los fenómenos económicos y político. La investigación, liderada por trabajadoras sociales, considera las características étnicas de los bojayaseños con mucho dinamismo. Se reconoce en las comunidades de Bojayá a pueblos subalternizados que, no obstante, son sujetos cognoscentes que perviven y actúan de acuerdo con otra epistemología del mundo que, además, es dinámica, es decir, actualizada por las generaciones y acontecimientos.

Guiomar Patricia Molina Mora

Universidad Nacional Abierta y a Distancia UNAD.

Referencias

Moreno Camacho, M. A. (2015). Posturas en la atención psicosocial a víctimas del conflicto armado en Colombia. *Ágora*, 1(16).

Moreno Camacho, M. A. (2020). La intervención social y el gobierno de la población: análisis del dispositivo de atención psicosocial a víctimas del conflicto armado en Colombia [Tesis doctoral, Universidad del Valle].

Vasilachis de Gialdino, I. (2006). *Estrategias de investigación cualitativa*. Gedisa.

